

hasta el amanecer, y partiendo el pan y habiendo comido, despues se fué. Su designio era estar en Jerusalem el dia de Pentecostés. Visitó las Iglesias que estaban en el camino. Estando en Jerusalem se echaron sobre él los judíos, queriendole matar. El magistrado Romano lo envió á Cesarea, de Cesarea fué enviado á Roma.¹

En el camino, en la isla que hoy se llama Malta, cuantos enfermos acudieron á él quedaron sanos. En Roma le permitieron estar en una casa particular, sin mas que un soldado que lo custodiase. Convocó á los judíos que habia en aquella capital, y comenzó luego á predicarles la necesidad de creer en nuestro Señor Jesucristo para obtener el reino de Dios, confirmando lo que decia con autoridades de la Escritura, y persuadiéndolos de la mañana á la noche acerca de la fé en Jesus, mostrándoles por la ley de Moisés, y por los profetas que Jesus era el Cristo y el Mesias. Unos creían las cosas que Pablo predicaba; otros no las creían; y Pablo les decia: pues os hago saber, que la salvacion ofrecida á vosotros de parte de Dios, es enviada á los gentiles, y ellos la recibirán.

Pablo permaneció dos años enteros en el alojamiento que habia alquilado, y recibia á todos los que iban á verlo, predicando siempre el reino de Dios, y enseñando lo concerniente á nuestro Señor Jesucristo con toda libertad y sin que nadie se lo prohibiese.²

CAPÍTULO XLVI.

TESTIMONIO DE LOS APÓSTOLES

SEGUNDA PARTE.

Quiere decir todo esto que los Apóstoles testificaron la Resurreccion de nuestro Sr. Jesucristo, y para probar que

¹ Act. cap. 20. vv. 1. 16. caps. 21. 22. 27. —² Act. cap. 28. vv. 1. 31.

decian verdad sanaron enfermos, y resucitaron muertos. Los milagros, los prodigios y los efectos extraordinarios que solo pueden venir de la omnipotencia de Dios fueron las pruebas de su testimonio y predicacion. Por tanto los judíos creyeron á millares, y los gentiles abrazaron tambien la fé de nuestro Señor Jesucristo resucitado.¹ Y con razon. Para no hacerlo así, era necesario entender que los apóstoles testificaban contra Dios. Porque testificaban que Dios habia resucitado á Jesus. Luego para no creerlos era necesario entender que testificaban contra Dios. *Quoniam testimonium diximus adversus Deum quod suscitaverit christum, quem non suscitavit, si mortui non resurgunt.*² ¿Y cómo se habia de juzgar esto posible, si obraban milagros al mismo tiempo que testificaban la Resurreccion de Jesus! Solamente con la virtud de Dios se pueden obrar milagros. Solamente Dios puede sanar á los enfermos con solo la virtud de su nombre, y resucitar á los muertos y darles vida, porque solamente Dios tiene en sí mismo esencialmente la vida.³ Y si los apóstoles testifican contra Dios, diciendo que habia resucitado á Jesus, no siendo verdad, ¿cómo es que Dios sanaba á los enfermos, y resucitaba á los muertos con sola la invocacion del nombre de Jesus por medio de los apóstoles? Si los apóstoles eran testigos falsos respecto de Dios, diciendo que habia resucitado á Jesus, no siendo verdad, ¿cómo es que Dios los revestía de su poder y potestad divina para que con hechos gloriosos que todos celebraban, y que eran tan notorios y evidentes que no pudieron negarse, atestiguáran contra el mismo Dios? Si los apóstoles eran testigos falsos respecto de Dios, diciendo que habia resucitado á Jesus, no siendo verdad, ¿cómo es que Dios haciendo milagros por medio de ellos, los autorizaba delante de to-

¹ Coloss. cap. 1. v. 6. —² I Cor. cap. 15. v. 15. —³ Joann. cap. 3. v. 26.

do el mundo? ¿cómo es que á su testimonio se juntaban los efectos manifiestos del poder y del espíritu de Dios? ¿cómo es que Dios ayudaba á los apóstoles con prodigios tan grandes que desde luego se aumentó mas y mas el número de los que se convirtieron, confesando que Jesus habia resucitado, y que él era el Hijo de Dios? ¿ayudaría Dios con prodigios, y autorizaría con milagros, y revestiría de su poder y potestad divina á unos testigos y mentirosos, para que atestiguaran contra el mismo Dios? No, porque Dios aborrece á toda lengua mentirosa, y á todo falso testigo lo detesta.¹

Luego los apóstoles predicando la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo no atestiguaron contra Dios: luego el testimonio que de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo dieron los apóstoles es verdadero: luego nuestro Señor Jesucristo resucitó. Así lo creemos firmísimamente: y para creerlo así, ya se vé que no solo es el testimonio de los apóstoles el que tenemos, sino tambien el de Dios.² Dios mismo testifica la Resurreccion de su Hijo, poniendo en manos de los apóstoles obras maravillosas para que las ejecuten, al mismo tiempo que predicán que nuestro Señor Jesucristo resucitó. Son testigos fieles de la Resurreccion del Señor el mismo Dios y los apóstoles autorizados por Dios. De suerte que los que creemos que nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios y que resucitó, tenemos el testimonio de Dios á nuestro favor, y con nuestra fé testificamos que Dios no engaña, sino que es verdadero. Y los que no creen tratan á Dios de mentiroso, porque no creen el testimonio que dió de su Hijo, haciendo milagros por medio de los apóstoles.³

¿Y cuál es la prueba que nos certifica de que en verdad se hicieron esos milagros?

¹ Prov. cap. 6. vv. 16. 17. 19.—² Act. cap. 5. v. 32.—³ I. Joann. cap. 5. v. 9. Joann. cap. 3. v. 33. I. Joann. cap. 5. v. 10.

La conversion del mundo, la transformacion portentosa de las ideas y de las costumbres de los hombres: no de algun rincón obscuro de la tierra, ni de un corto número de hombres, sino de reinos enteros y de grandes naciones de todas las partes del orbe conocido: y no solo de la gente sencilla del pueblo, y por poco tiempo, sino tambien de los hombres sublimes por su saber, y con la firmeza y duracion de todos los siglos desde su principio hasta hoy. Esta es la prueba que nos certifica de que en verdad se hicieron milagros por los apóstoles.

Los primeros que se convirtieron á la fé de nuestro Señor Jesucristo fueron millares de judíos de la misma ciudad de Jerusalem, confesando que habian cometido el horrible crimen de clavar en una cruz al Hijo de Dios. ¿Y se habria convertido ni uno siquiera de esa nacion criminal declarándose reo de tan grande impiedad, sino hubieran sido ciertos los milagros de los apóstoles? Claro es que no. Y por eso en vista de tales milagros, y oída la predicacion del evangelio, compungidos de corazon decian á los apóstoles: pues, hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer? Arrepentios, les decia San Pedro, y bautizese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, y segun la forma que él estableció, para que obtengais la remision de vuestros pecados.

Les decia con esto á los judíos de Jerusalem el apóstol S. Pedro que serian lavados de todos sus delitos en el bautismo, si reconocian que esto se lograba por la sangre del Señor á quien ellos habian hecho morir. Y el número de los que creyeron y recibieron el bautismo fué de miles de personas. ¿Y hubieran recibido la fé de nuestro Señor Jesucristo aquellos mismos que lo condenaron á una muerte ignominiosa, si no se hubieran hecho milagros de una manera evidente? ¿Hubieran reconocido á nuestro Sr. Jesucristo como cordero de Dios que quita los pecados del

mundo aquellos mismos que lo hicieron morir en una cruz, á no haberse hecho milagros de que no se podia dudar? Claro es que no. Luego la conversion de millares de judios es una prueba que nos certifica de que en verdad se hicieron milagros por los apóstoles.

Pasemos á la conversion de los gentiles. A excepcion de la Judea, donde era conocido y adorado el verdadero Dios, todo lo demas del mundo vivia entregado á la idolatría, que nunca impuso preceptos para hacer á los hombres virtuosos. Nada menos que eso querian los demonios, que eran los falsos Dioses que adoraban los idólatras. Su culto lo hacian consistir los demonios en la celebracion de impuros y estravagantes misterios, y en el ofrecimiento de abominables sacrificios, y en juegos ridiculos é infames, que se hacian en honor de los dioses y de las diosas. Las costumbres quedaban en toda su relajacion. El mismo culto de los dioses las hacia mas licenciosas. Porque á sus dioses los gentiles en el culto que les daban, les atribuían las acciones mas obscenas. Con esto las costumbres se hacian mas corrompidas y licenciosas. Así vivia el mundo cuando los apóstoles se presentaron predicando la penitencia de los pecados, y esplicando los santísimos y purísimos misterios revelados por Dios, y las leyes divinas que arreglan las obras, las palabras y hasta los pensamientos de los hombres. Y los hombres corrompidos y licenciosos, y anegados en sus maldades, y en sus placeres, creyeron y mudaron de costumbres. En lugar del culto de los falsos dioses tan acomodado á los vicios, abrazaron el evangelio que mortifica á todas las pasiones. ¿Y lo habria hecho ni uno solo, si hubieran podido negar los milagros de los apóstoles? Si no hubieran sido incontestables, ¿se hubiera recibido el yugo de la religion cristiana que condena todos los vicios, cuando la idolatría los dejaba á todos en entera li-

bertad? ¿no estamos viendo que por vivir en esa libertad, desprecian hoy la RELIGION CRISTIANA los malvados de nuestros dias? Pues así la hubieran despreciado todos al principio, sino hubieran sido evidentes los milagros de los apóstoles. Luego la conversion del mundo es la prueba que nos certifica de su verdad.

Despues que los testigos, en cuya presencia se hicieron estos milagros fueron innumerables, el libro en que se escribieron fué leído por toda la tierra, y el exámen de la verdad para los que no habian visto las cosas fué fácil, porque los tiempos acababan de pasar, las personas vivian y eran conocidas, y los lugares donde se habian verificado los milagros eran ciudades cultas y populosas. Por esto los que pensaron en su salvacion se informaron, juzgaron con conocimiento, y creyeron. ¹ Aunque los gentiles, abandonados á los deseos de su corazon corrompido, y andando cada cual por su camino, no pensaban mas que en cosas vanas, y en sus falsas deidades, sin embargo, sabiendo por el testimonio seguro y consentimiento unánime de todas las gentes que los apóstoles habian hecho obras que solo podian hacerse con la omnipotencia de Dios, se convirtieron: hicieron á su corazon la violencia que manda el evangelio. ¿Y si hubieran podido decir que nada habia habido de los milagros que en el libro de los Hechos de los apóstoles se refieren, hubieran hecho á su corazon la violencia que manda el evangelio? ¿Hubiéran renunciado á la idolatría que los dejaba en el uso entero de sus pasiones? ¿No es verdad que por gozarlas hasta donde alcanzan sus fuerzas, todo lo niegan los incrédulos de nuestros dias? Pues así lo hubieran negado aquellos hombres al principio, á no haber estado ciertos de la verdad de esos milagros. Quién es capaz de concebir, que el mundo envejecido en la ido-

¹ Act. cap. 14. v. 15.

latría y en los vicios, hubiera abandonado su corrupcion e impiedad, para vivir sobria, justa y religiosamente, si hubiera podido negar la verdad de los milagros? Quién hay que de impío se haga temeroso de Dios, y de perverso se convierta en justo, si no lo mueve la fuerza de la verdad?

Hasta aquí hemos discurrido solamente con respecto al primer siglo del cristianismo. Pues en seguida, oída la predicacion evangélica de boca de los Pastores, que inmediatamente sucedieron á los apóstoles, y sobre el testimonio seguro y consentimiento unánime de los cristianos del primer siglo que testificaron la verdad de los milagros hechos por los apóstoles, creyeron los del segundo siglo. Y con la misma predicacion evangélica, oída de boca de los Pastores que sucedieron á los anteriores, y sobre el testimonio seguro y consentimiento unánime de los cristianos del primero y segundo siglo, que sin desmentirse testificaron la verdad de los mismos milagros, creyeron los del tercer siglo; y así los del cuarto y siguientes hasta nosotros que por misericordia de Dios creemos hoy apoyados en el mismo evangelio eterno de Dios, y en el testimonio seguro y consentimiento unánime de todos los siglos que testifican la misma verdad de los milagros hechos por los apóstoles. ¿Podrá pedirse mayor solidez? Y si añadimos que los apóstoles, sufriendo el martirio, justificaron la sinceridad, la persuacion y la buena fé, con que predicaron á nuestro Sr. Jesucristo resucitado, ¿hasta donde subirá la gran luz en que nos fundamos para creer su testimonio? Y si añadimos tambien que el testimonio de los tres primeros siglos está sellado con la sangre de innumerables mártires, ¿hasta donde irá la evidencia clarísima en que nos fundamos para creer su testimonio?

¿Pero cómo los cristianos del segundo siglo, cómo los del tercer siglo y siguientes pudieron dar testimonio de lo que no vieron?

De ésta manera: los que vieron en el primer siglo los milagros de los apóstoles, adquirieron por sus propios ojos un conocimiento fijo é infalible de esos hechos: y por amor á la verdad conocida los testificaron; y en el segundo siglo los que no vieron los milagros, pero que si se encargaron del número y de la gravedad y de la rectitud de los primeros testigos; y de la constancia y de la uniformidad de sus testimonios, adquirieron un conocimiento seguro y una certidumbre completa de lo que se les decía: y por el mismo amor á la verdad conocida reunieron su juicio al de los primeros testigos en favor de los mismos hechos, lo cual fué dar testimonio de ellos. Los hombres del tercer siglo menos pudieron ver los milagros hechos en el primer siglo; pero si se encargaron igualmente del número, y de la gravedad, y de la rectitud de los que testificaron esos milagros en el segundo y en el primer siglo: y de la constancia y de la unanimidad de sus testimonios: todo lo cual les dió un conocimiento seguro, y una certidumbre completa de los hechos que habian pasado: y por aquel mismo amor á la verdad conocida reunieron su juicio al de todos los testigos anteriores en favor de esos hechos: lo cual fué dar testimonio de ellos. Lo mismo pasó en el cuarto siglo, y ha pasado en todos los siglos siguientes hasta nosotros. De ahí en todas las edades esa grande nube de testigos, ¹ *Idoque et nos tantam habentes impositam nubem testium*, formada por los que nos han precedido en el camino de la fé: de ahí las historias autorizadas y auténticas: de ahí los monumentos públicos; de ahí la tradicion general y permanente con que se han trasmitido aquellos acontecimientos que los primeros cristianos vieron con sus propios ojos, y oyeron con sus propios oídos; tradicion que remplacea y eterniza en cierto modo á los primeros

1 Rom. cap. 12. v. 1.

testigos que refirieron y atestiguaron aquellos hechos; tradicion que tiene una estabilidad invariable, que hace susistir siempre tal como fué en su principio sin alteracion alguna el testimonio de los primeros cristianos; de ahí por último el testimonio de todos los siglos, testimonio seguro, cierto é infalible en favor de los hechos célebres, ruidosos é interesantes que sirven de fundamento á la religion.

Otra pregunta ocurre aquí: ¿siendo tan racionales los motivos de nuestra creencia, como hay muchos hombres que no creen?

En efecto, la historia de nuestra adorable religion es verdadera, sus hechos son ciertísimos, sus profecias son claras, y las que ya debieran cumplirse, están terminantemente cumplidas, sus misterios son divinos, su doctrina es santa, sus mandamientos son la misma justicia. A pesar de todo, muchos no creen. ¿Por qué? Por eso mismo: porque sus mandamientos son la misma justicia: porque su doctrina es santa: porque nuestra adorable religion es casta, severa, enemiga de las pasiones, solo promete bienes invisibles y amenaza con castigos eternos, por eso muchos no creen. Sal de ese valle de lágrimas y ven al paraiso del cielo, le dice la religion en su última hora al que ha tenido fé y buenas obras. Al incrédulo le dice: deja los placeres del mundo, y anda á los suplicios eternos. Una religion que asi habla es insoportable para los incrédulos. El miedo les hace desear que no sea verdadera: y desde que conciben estos deseos poco á poco van desterrando de su corazon las luces naturales acerca de Dios, de su Providencia, de su Ley y de sus Juicios, hasta que dicen. Nada creo. No hay Dios; y si le hay, él no hace caso de las acciones de los hombres.¹ Fijan en su interior estos pensamientos y desprecian á Dios con soberbia y rebeldia: y no es necesario mas para que pierdan todo temor de Dios, como si

¹ Psalm. 13. v. 1.

estuvieran persuadidos de que no existe: y caen en un abismo de pecados. *Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit*,¹ dice el libro de los Proverbios. De nada hacen ya caso los impíos cuando han caido en un abismo de pecados, y se hace imposible su conversion. Es imposible que su espíritu soberbio renuncie á la libertad de pensar. Es imposible que confiesen su ignorancia en materia de religion, y se humillen para recibir el yugo de la autoridad divina. Se irritan, si se les habla de las verdades divinas, y no quieren oirlas, ni entenderlas. De cuando en cuando se les presenta la consideracion de que al fin han de morir y caerán en el infierno. Pero ellos se figuran que podrán caer en la nada: y cierran los ojos para no ver sino la nada que ellos se fingen, y no el fuego eterno que está destinado para los impíos. No hay pues que preguntar, ¿porqué siendo tan racionales los motivos de nuestra creencia hay muchas gentes que no creen?

El pensamiento que nos debe ocurrir es este: no obstante la resistencia y rabia de esos miserables, las promesas divinas se cumplen, la religion triunfa, la Iglesia dura eternamente, las fuerzas todas del infierno no han podido prevalecer contra ella; los frenéticos esfuerzos de los libertinos y sus blasfemias no hacen otra cosa que manifestar la corrupcion profunda de nuestra naturaleza, y el abismo de que nos libró nuestro Sr. Jesucristo á los que por su misericordia tenemos fé.

CAPÍTULO XLVII.

SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR.

Dijo nuestro Señor Jesucristo: como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente asi será tam-

¹ Prov. cap. 18. v. 3.